



Oscar Wilde

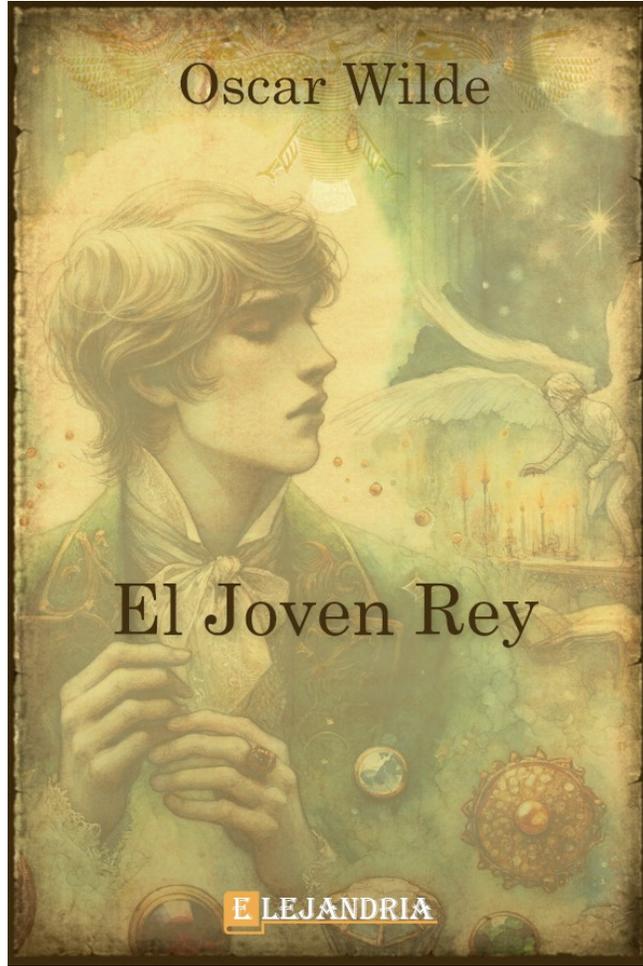
El Joven Rey

E LEJANDRIA

Oscar Wilde

El Joven Rey

E LEJANDRIA



LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

# EL JOVEN REY

OSCAR WILDE

PUBLICADO: 1891

FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG

EDICIÓN: JAMES R. OSGOOD AND Co., McILVAINE,  
LONDON, 1891

TRADUCTOR: ELEJANDRÍA

# EL JOVEN REY

OSCAR WILDE

Era la noche antes del día fijado para su coronación, y el joven Rey estaba sentado solo en su hermosa cámara. Sus cortesanos habían tomado ya su despedida de él, inclinando sus cabezas hasta el suelo, de acuerdo con el uso ceremonioso del día, y se habían retirado al Gran Salón del Palacio, para recibir unas últimas lecciones del Profesor de Etiqueta; ya que algunos de ellos tenían aún modales bastante naturales, lo que, en un cortesano, es, no hace falta decir, una ofensa muy grave.

El muchacho —pues era solo un muchacho, teniendo apenas dieciséis años de edad— no sentía pena por su partida, y se había echado hacia atrás con un profundo suspiro de alivio en los suaves cojines de su sofá bordado, yacía allí, con los ojos salvajes y la boca abierta, como un joven Fauno del bosque, o algún joven animal del bosque recién atrapado por los cazadores.

Y, de hecho, fueron los cazadores quienes lo encontraron, topándose con él casi por casualidad mientras, con las extremidades desnudas y la flauta en mano, seguía al rebaño del pobre cabrero que lo había criado, y a cuyo hijo siempre se había considerado. Hijo único de la hija del viejo Rey por un matrimonio secreto con uno mucho más bajo que ella en estatus —un extranjero, decían

algunos, que, por la maravillosa magia de su tocar el laúd, había hecho que la joven Princesa lo amara; mientras otros hablaban de un artista de Rímini, a quien la Princesa había mostrado mucho, quizás demasiado honor, y que había desaparecido repentinamente de la ciudad, dejando su obra en la Catedral inacabada— había sido, cuando apenas tenía una semana de nacido, robado del lado de su madre mientras ella dormía, y entregado al cuidado de un campesino común y su esposa, quienes no tenían hijos propios y vivían en una parte remota del bosque, a más de un día de cabalgata desde la ciudad. La pena, o la peste, como afirmaba el médico de la corte, o, como algunos sugerían, un veneno italiano rápido administrado en una copa de vino especiado, mató, dentro de una hora de su despertar, a la muchacha blanca que le había dado a luz, y mientras el mensajero fiel que llevaba al niño a través de su silla de montar se inclinaba desde su caballo cansado y llamaba a la puerta rústica de la cabaña del cabrero, el cuerpo de la Princesa estaba siendo bajado a una tumba abierta que se había cavado en un cementerio abandonado, más allá de las puertas de la ciudad, una tumba donde se decía que yacía otro cuerpo también, el de un joven de maravillosa y extranjera belleza, cuyas manos estaban atadas detrás de él con una cuerda anudada, y cuyo pecho estaba apuñalado con muchas heridas rojas.

Tal, al menos, era la historia que los hombres susurraban entre sí. Lo cierto era que el viejo Rey, cuando estaba en su lecho de muerte, ya sea movido por el remordimiento de su gran pecado, o simplemente deseando que el reino no se alejara de su línea, había hecho llamar al muchacho y, en presencia del Consejo, lo había reconocido como su heredero.

Y parece que desde el primer momento de su reconocimiento había mostrado signos de esa extraña pasión por la belleza que estaba destinada a tener una influencia tan grande sobre su vida. Aquellos que lo acompañaron al conjunto de habitaciones destinadas para su servicio, a menudo hablaban del grito de placer que brotó de sus labios cuando vio las delicadas vestiduras y las ricas joyas que habían sido preparadas para él, y de la alegría casi feroz con la que

desechó su tosca túnica de cuero y su gruesa capa de piel de oveja. En efecto, a veces echaba de menos la fina libertad de su vida en el bosque, y siempre estaba dispuesto a irritarse con las tediosas ceremonias de la corte que ocupaban tanto de cada día, pero el maravilloso palacio —Joyeuse, como lo llamaban— del que ahora se encontraba señor, le parecía ser un nuevo mundo creado para su deleite; y tan pronto como podía escapar del consejo o de la sala de audiencias, corría por la gran escalera, con sus leones de bronce dorado y sus escalones de porfido brillante, y vagaba de habitación en habitación, y de corredor en corredor, como uno que buscaba encontrar en la belleza un anodino para el dolor, una especie de restauración de la enfermedad.

En estos viajes de descubrimiento, como él los llamaba —y, de hecho, para él eran verdaderos viajes a través de una tierra maravillosa— a veces era acompañado por los esbeltos pajes de la corte, de cabellos rubios, con sus mantos flotantes y cintas ondeantes y alegres; pero más a menudo estaría solo, sintiendo a través de un cierto instinto rápido, que era casi una adivinación, que los secretos del arte se aprenden mejor en secreto, y que la Belleza, al igual que la Sabiduría, ama al adorador solitario.

Se contaban muchas historias curiosas sobre él en este período. Se decía que un robusto Burgomaestre, que había venido a entregar un discurso oratorio florido en nombre de los ciudadanos de la ciudad, había visto a él arrodillándose en verdadera adoración ante una gran pintura que acababa de ser traída desde Venecia, y que parecía anunciar el culto a algunos nuevos dioses. En otra ocasión, había desaparecido durante varias horas, y tras una larga búsqueda, fue descubierto en una pequeña cámara en una de las torretas del norte del palacio, contemplando, como en trance, una gema griega tallada con la figura de Adonis. Se le había visto, según corría la historia, presionando sus cálidos labios contra la frente de mármol de una estatua antigua que había sido descubierta en el lecho del río con motivo de la construcción del puente de piedra, y estaba inscrita con el nombre del esclavo bitinio de Adriano. Había pasado toda una

noche observando el efecto de la luz de la luna sobre una imagen de plata de Endimión.

Todos los materiales raros y costosos ciertamente tenían una gran fascinación para él, y en su afán por conseguirlos había enviado a muchos comerciantes, algunos para traficar ámbar con los rudos pescadores de los mares del norte, algunos a Egipto en busca de ese curioso turquesa verde que se encuentra solo en las tumbas de los reyes y se dice que posee propiedades mágicas, algunos a Persia por alfombras de seda y cerámica pintada, y otros a la India para comprar gasa y marfil teñido, piedras lunares y pulseras de jade, madera de sándalo y esmalte azul y chales de lana fina.

Pero lo que más le había ocupado era la túnica que iba a llevar en su coronación, la túnica de oro tejido, y la corona incrustada de rubíes, y el cetro con sus filas y anillos de perlas. De hecho, era en esto en lo que estaba pensando esta noche, mientras yacía reclinado en su lujoso sofá, observando el gran tronco de pino que se consumía en el hogar abierto. Los diseños, que eran obra de los artistas más famosos de la época, le habían sido presentados muchos meses antes, y había ordenado que los artesanos trabajaran noche y día para llevarlos a cabo, y que el mundo entero fuera buscado por joyas que fueran dignas de su trabajo. Se veía a sí mismo, en su imaginación, de pie en el alto altar de la catedral con el hermoso atuendo de un Rey, y una sonrisa jugaba y se demoraba en sus labios juveniles, e iluminaba con un brillo intenso sus oscuros ojos de bosque.

Después de un tiempo, se levantó de su asiento y, apoyándose en el tallado alero de la chimenea, miró alrededor de la habitación débilmente iluminada. Las paredes estaban cubiertas con ricas tapicerías que representaban el Triunfo de la Belleza. Un gran armario, incrustado con ágata y lapislázuli, llenaba un rincón, y frente a la ventana estaba un curioso armario trabajado con paneles de laca de oro en polvo y mosaico, sobre el cual se colocaron algunos delicados vasos de cristal veneciano, y una copa de ónice de vetas oscuras. Amapolas pálidas estaban bordadas en la colcha de

seda de la cama, como si hubieran caído de las manos cansadas del sueño, y altas cañas de marfil flautado sostenían el dosel de terciopelo, del cual brotaban grandes penachos de plumas de avestruz, como espuma blanca, al plateado pálido del techo entrecruzado. Un Narciso risueño de bronce verde sostenía un espejo pulido sobre su cabeza. Sobre la mesa estaba un cuenco plano de amatista.

Desde afuera podía ver la enorme cúpula de la catedral, que se erguía como una burbuja sobre las casas sombrías, y los cansados centinelas que iban y venían por la terraza brumosa junto al río. Lejos, en un huerto, un ruiseñor cantaba. Un ligero perfume de jazmín entraba por la ventana abierta. Se echó hacia atrás sus rizos marrones de la frente, y tomando un laúd, dejó que sus dedos vagaran por las cuerdas. Sus pesados párpados se cerraron, y una extraña languidez se apoderó de él. Nunca antes había sentido tan agudamente, o con tal exquisito gozo, la magia y el misterio de las cosas bellas.

Cuando el reloj de la torre dio la medianoche, tocó una campana, y sus pajes entraron y lo desvistieron con gran ceremonia, vertiendo agua de rosas sobre sus manos, y esparciendo flores en su almohada. Unos momentos después de que salieran de la habitación, se quedó dormido.

Y mientras dormía, soñó un sueño, y este fue su sueño.

Pensó que estaba de pie en un largo y bajo desván, en medio del zumbido y el estrépito de muchos telares. La escasa luz del día se asomaba por las ventanas enrejadas, y le mostraba las figuras demacradas de los tejedores inclinados sobre sus cajas. Niños pálidos y enfermizos estaban agachados en las enormes vigas transversales. Mientras las lanzaderas atravesaban la urdimbre, levantaban los pesados batanes, y cuando las lanzaderas se detenían, dejaban caer los batanes y presionaban los hilos juntos. Sus caras estaban marcadas por el hambre, y sus delgadas manos temblaban y se estremecían. Algunas mujeres macilentas estaban sentadas en una mesa cosiendo. Un olor horrible llenaba el lugar. El

aire era fétido y pesado, y las paredes goteaban y chorreaban con humedad.

El joven Rey se acercó a uno de los tejedores, y se paró junto a él y lo observó.

Y el tejedor lo miró con enojo y dijo: '¿Por qué me observas? ¿Eres un espía enviado por nuestro amo?'

'¿Quién es tu amo?' preguntó el joven Rey.

'¡Nuestro amo!' exclamó el tejedor, amargamente. 'Es un hombre como yo. De hecho, solo hay esta diferencia entre nosotros: que él viste ropa fina mientras yo voy en harapos, y que mientras yo estoy débil de hambre, él no sufre lo más mínimo de sobrealimentación.'

'La tierra es libre,' dijo el joven Rey, 'y tú no eres esclavo de nadie.'

'En la guerra,' respondió el tejedor, 'los fuertes hacen esclavos de los débiles, y en paz los ricos hacen esclavos de los pobres. Debemos trabajar para vivir, y nos dan salarios tan míseros que morimos. Laboramos para ellos todo el día, y ellos acumulan oro en sus arcas, y nuestros niños se marchitan antes de tiempo, y los rostros de aquellos a quienes amamos se vuelven duros y malvados. Pisamos las uvas, y otro bebe el vino. Sembramos el maíz, y nuestra propia mesa está vacía. Tenemos cadenas, aunque ningún ojo las ve; y somos esclavos, aunque los hombres nos llamen libres.'

'¿Es así con todos?' preguntó,

'Así es con todos,' respondió el tejedor, 'con los jóvenes tanto como con los viejos, con las mujeres tanto como con los hombres, con los niños pequeños tanto como con aquellos que están cargados de años. Los comerciantes nos oprimen, y debemos hacer su voluntad. El sacerdote pasa montando y rezando sus cuentas, y nadie se preocupa por nosotros. Por nuestras callejuelas sin sol se arrastra la Pobreza con sus ojos hambrientos, y el Pecado con su rostro empapado sigue de cerca tras ella. La Miseria nos despierta por la mañana, y la Vergüenza se sienta con nosotros por la noche.'

Pero, ¿qué son estas cosas para ti? Tú no eres uno de nosotros. Tu rostro es demasiado feliz.' Y se volvió de mal humor, y lanzó la lanzadera a través del telar, y el joven Rey vio que estaba enhebrada con un hilo de oro.

Y un gran terror se apoderó de él, y dijo al tejedor, '¿Qué túnica es esta que estás tejiendo?'

'Es la túnica para la coronación del joven Rey,' respondió; '¿qué te importa a ti?'

Y el joven Rey dio un grito fuerte y despertó, y he aquí que estaba en su propia cámara, y por la ventana vio la gran luna color de miel colgando en el aire oscuro.

Y se volvió a dormir y soñó, y este fue su sueño.

Pensó que estaba acostado en la cubierta de una enorme galera que era remada por cien esclavos. A su lado, sobre una alfombra, estaba sentado el amo de la galera. Era negro como el ébano, y su turbante era de seda carmesí. Grandes pendientes de plata tiraban de los gruesos lóbulos de sus orejas, y en sus manos tenía un par de balanzas de marfil.

Los esclavos estaban desnudos, excepto por un harapiento taparrabos, y cada hombre estaba encadenado a su vecino. El sol caliente brillaba intensamente sobre ellos, y los negros corrían arriba y abajo del pasillo y los azotaban con látigos de cuero. Estiraban sus delgados brazos y tiraban de los pesados remos a través del agua. La espuma salada volaba de las hojas.

Al fin llegaron a una pequeña bahía y comenzaron a sondear. Un ligero viento soplaba desde la costa y cubría la cubierta y la gran vela latina con un fino polvo rojo. Tres árabes montados en asnos salvajes salieron y les lanzaron lanzas. El amo de la galera tomó un arco pintado en su mano y disparó a uno de ellos en la garganta. Cayó pesadamente en la resaca, y sus compañeros se alejaron galopando. Una mujer envuelta en un velo amarillo seguía lentamente en un camello, mirando de vez en cuando hacia atrás al cuerpo muerto.

Tan pronto como echaron ancla y arriaron la vela, los negros bajaron a la bodega y subieron una larga escalera de cuerda, pesadamente lastrada con plomo. El amo de la galera la lanzó por el costado, asegurando los extremos a dos estacas de hierro. Luego los negros agarraron al más joven de los esclavos y le quitaron las grilletas, y llenaron sus fosas nasales y sus oídos con cera, y le ataron una gran piedra alrededor de su cintura. Se deslizó penosamente por la escalera y desapareció en el mar. Unas pocas burbujas subieron donde se hundió. Algunos de los otros esclavos miraban curiosos por el costado. En la proa de la galera se sentaba un encantador de tiburones, golpeando monótonamente un tambor.

Después de un tiempo, el buzo emergió del agua y, jadeante, se aferró a la escalera con una perla en su mano derecha. Los negros se la arrebataron y lo empujaron de vuelta. Los esclavos se quedaron dormidos sobre sus remos.

Una y otra vez subía, y cada vez que lo hacía traía consigo una hermosa perla. El amo de la galera las pesaba y las ponía en una pequeña bolsa de cuero verde.

El joven Rey intentó hablar, pero su lengua parecía pegarse al paladar, y sus labios se negaban a moverse. Los negros charlaban entre ellos y empezaron a discutir por un collar de cuentas brillantes. Dos grullas volaban en círculos alrededor del barco.

Luego el buzo subió por última vez, y la perla que trajo consigo era más bella que todas las perlas de Ormuz, pues tenía la forma de la luna llena, y era más blanca que la estrella de la mañana. Pero su rostro estaba extrañamente pálido, y al caer en la cubierta, la sangre brotó de sus oídos y nariz. Se estremeció un poco, y luego quedó inmóvil. Los negros se encogieron de hombros y arrojaron el cuerpo por la borda.

Y el amo de la galera se rió, y, extendiendo la mano, tomó la perla, y al verla la presionó contra su frente y se inclinó. 'Será,' dijo, 'para el cetro del joven Rey,' y hizo una señal a los negros para que levantaran el ancla.

Y cuando el joven Rey oyó esto dio un gran grito y despertó, y a través de la ventana vio los largos dedos grises del amanecer agarrando las estrellas que se desvanecían.

Y se volvió a dormir, y soñó, y este fue su sueño.

Pensó que vagaba por un bosque sombrío, colgado de extrañas frutas y hermosas flores venenosas. Las serpientes silbaban a su paso, y los brillantes loros volaban gritando de rama en rama. Enormes tortugas yacían dormidas sobre el lodo caliente. Los árboles estaban llenos de monos y pavos reales.

Siguió adelante, hasta que alcanzó las afueras del bosque, y allí vio una inmensa multitud de hombres trabajando en el lecho de un río seco. Se amontonaban en la roca como hormigas. Cavaban profundos hoyos en el suelo y descendían a ellos. Algunos de ellos hendían las rocas con grandes hachas; otros hurgaban en la arena.

Arrancaban el cactus de raíz y pisoteaban las flores escarlatas. Se apresuraban, llamándose unos a otros, y ningún hombre estaba ocioso.

Desde la oscuridad de una caverna, la Muerte y la Avaricia los observaban, y la Muerte dijo: 'Estoy cansada; dame un tercio de ellos y déjame ir.' Pero la Avaricia sacudió su cabeza. 'Son mis sirvientes,' respondió.

Y la Muerte le dijo: '¿Qué tienes en tu mano?'

'Tengo tres granos de maíz,' respondió ella; '¿qué te importa a ti?'

'Dame uno de ellos,' clamó la Muerte, 'para plantar en mi jardín; solo uno de ellos, y me iré.'

"No te daré nada", dijo la Avaricia, y escondió su mano en el pliegue de su vestidura.

Y la Muerte se rió, y tomó una copa, y la sumergió en un charco de agua, y de la copa surgió el Escalofrío. Pasó por entre la gran multitud, y un tercio de ellos quedó muerto. Una niebla fría la seguía, y las serpientes de agua corrían a su lado.

Y cuando la Avaricia vio que un tercio de la multitud estaba muerta, se golpeó el pecho y lloró. Se golpeó su estéril seno, y gritó en voz alta. "Has matado a un tercio de mis sirvientes", gritó, "vete de aquí. Hay guerra en las montañas de Tartaria, y los reyes de cada bando te llaman. Los afganos han matado al buey negro, y marchan a la batalla. Han golpeado sus escudos con sus lanzas, y se han puesto sus cascos de hierro. ¿Qué es mi valle para ti, para que te detengas en él? Vete, y no vuelvas más."

"No", respondió la Muerte, "pero hasta que no me hayas dado un grano de maíz, no me iré."

Pero la Avaricia cerró su mano y apretó los dientes. "No te daré nada", murmuró.

Y la Muerte se rió, y tomó una piedra negra, y la lanzó al bosque, y de un matorral de cicuta silvestre salió la Fiebre en una túnica de llamas. Pasó por entre la multitud, y tocó a los hombres, y cada hombre que tocó murió. La hierba se marchitaba bajo sus pies mientras caminaba.

Y la Avaricia tembló y se puso ceniza en la cabeza. "Eres cruel", gritó; "eres cruel. Hay hambre en las ciudades amuralladas de la India, y los cisternas de Samarcanda se han secado. Hay hambre en las ciudades amuralladas de Egipto, y las langostas han venido del desierto. El Nilo no ha desbordado sus orillas, y los sacerdotes han maldecido a Isis y Osiris. Vete a aquellos que te necesitan, y déjame a mis sirvientes."

"No", respondió la Muerte, "pero hasta que no me hayas dado un grano de maíz, no me iré."

"No te daré nada", dijo la Avaricia.

Y la Muerte se rió de nuevo, y silbó con sus dedos, y una mujer voló a través del aire. En su frente estaba escrito Peste, y un enjambre de buitres flacos giraba a su alrededor. Cubrió el valle con sus alas, y no quedó hombre vivo.

Y la Avaricia huyó gritando a través del bosque, y la Muerte saltó sobre su caballo rojo y galopó lejos, y su galope era más rápido que el viento.

Y del limo en el fondo del valle surgieron dragones y cosas horribles con escamas, y los chacales vinieron trotando por la arena, olfateando el aire con sus narices.

Y el joven Rey lloró, y dijo: "¿Quiénes eran estos hombres y qué buscaban?"

"Buscaban rubíes para la corona de un rey", respondió uno que estaba detrás de él.

Y el joven Rey se sobresaltó, y al darse vuelta, vio a un hombre vestido como peregrino y sosteniendo en su mano un espejo de plata.

Y se puso pálido, y dijo: "¿Para qué rey?"

Y el peregrino respondió: "Mira en este espejo, y lo verás."

Y miró en el espejo, y al ver su propio rostro, dio un gran grito y despertó, y el brillante sol estaba entrando en la habitación, y desde los árboles del jardín y del placer los pájaros cantaban.

Y el Chambelán y los altos oficiales de Estado entraron e hicieron reverencias ante él, y los pajes le trajeron la túnica de oro tejido, y colocaron la corona y el cetro delante de él.

Y el joven Rey los miró, y eran hermosos. Más hermosos eran de lo que jamás había visto. Pero recordó sus sueños, y dijo a sus señores: "Llevaos estas cosas, pues no las llevaré."

Y los cortesanos estaban asombrados, y algunos de ellos se rieron, pues pensaban que estaba bromeando.

Pero él les habló de nuevo con severidad, y dijo: "Llevaos estas cosas y escondedlas de mí. Aunque sea el día de mi coronación, no las llevaré. Pues en el telar de la Tristeza, y por las blancas manos del Dolor, ha sido tejida esta mi túnica. Hay Sangre en el corazón del

rubí, y Muerte en el corazón de la perla." Y les contó sus tres sueños.

Y cuando los cortesanos los escucharon se miraron unos a otros y susurraron, diciendo: "Seguramente está loco; pues ¿qué es un sueño sino un sueño, y una visión sino una visión? No son cosas reales a las que uno deba prestarles atención. ¿Y qué tenemos nosotros que ver con las vidas de aquellos que trabajan para nosotros? ¿Acaso un hombre no comerá pan hasta que haya visto al sembrador, ni beberá vino hasta que haya hablado con el viñador?"

Y el Chambelán habló al joven Rey y dijo, 'Mi señor, te ruego que dejes a un lado estos pensamientos sombríos tuyos, y te pongas esta hermosa túnica, y coloques esta corona sobre tu cabeza. Pues, ¿cómo sabrá el pueblo que tú eres un rey, si no tienes el atuendo de un rey?'

Y el joven Rey lo miró. '¿Es así, de verdad?' preguntó. '¿No me conocerán como rey si no tengo el atuendo de un rey?'

'No te conocerán, mi señor', gritó el Chambelán.

'Yo había pensado que había hombres que eran reales por sí mismos', respondió, 'pero puede ser como tú dices. Y sin embargo, no me pondré esta túnica, ni seré coronado con esta corona, pero así como vine al palacio así saldré de él.'

Y ordenó a todos que lo dejaran, excepto a un paje a quien mantuvo como su compañero, un muchacho un año menor que él. A él lo mantuvo para su servicio, y cuando se había bañado en agua clara, abrió un gran baúl pintado, y de él sacó la túnica de cuero y la capa de piel de oveja áspera que había usado cuando había vigilado en la ladera las cabras lanudas del cabrero. Estas se puso, y en su mano tomó su bastón de pastor tosco.

Y el pequeño paje abrió sus grandes ojos azules de asombro y le dijo sonriendo, 'Mi señor, veo tu túnica y tu cetro, pero ¿dónde está tu corona?'

Y el joven Rey arrancó un espray de zarzamora salvaje que trepaba por el balcón, lo dobló y hizo un círculo de él, y se lo puso en su propia cabeza.

'Esta será mi corona', respondió.

Y así ataviado pasó de su cámara al Gran Salón, donde los nobles lo esperaban.

Y los nobles se regocijaron, y algunos de ellos le gritaron, 'Mi señor, el pueblo espera a su rey, y tú les muestras un mendigo,' y otros estaban enojados y dijeron, 'Nos trae vergüenza a nuestro estado, y no es digno de ser nuestro maestro.' Pero él no les respondió palabra, sino que pasó de largo, y bajó por la brillante escalera de pórvido, y salió por las puertas de bronce, y montó en su caballo, y cabalgó hacia la catedral, el pequeño paje corriendo a su lado.

Y la gente se rió y dijo, 'Es el bufón del Rey el que pasa montado,' y se burlaron de él.

Y él detuvo la marcha y dijo, 'No, sino que soy el Rey.' Y les contó sus tres sueños.

Y un hombre salió de la multitud y le habló con amargura, y dijo, 'Señor, ¿no sabes que de la lujuria de los ricos proviene la vida de los pobres? Por vuestro pompa nos alimentamos, y vuestros vicios nos dan pan. Trabajar para un amo duro es amargo, pero no tener amo para el cual trabajar es aún más amargo. ¿Piensas que los cuervos nos alimentarán? ¿Y qué cura tienes para estas cosas? ¿Dirás al comprador, "Deberás comprar por tanto," y al vendedor, "Deberás vender a este precio"? No lo creo. Por tanto, regresa a tu Palacio y ponte tu púrpura y lino fino. ¿Qué tienes tú que ver con nosotros, y lo que sufrimos?'

'¿No son los ricos y los pobres hermanos?' preguntó el joven Rey.

'Sí,' respondió el hombre, 'y el nombre del hermano rico es Caín.'

Y los ojos del joven Rey se llenaron de lágrimas, y cabalgó a través de los murmullos del pueblo, y el pequeño paje se asustó y lo

dejó.

Y cuando llegó al gran portal de la catedral, los soldados extendieron sus alabardas y dijeron, '¿Qué buscas aquí? Nadie entra por esta puerta sino el Rey.'

Y su rostro se enrojeció de ira, y les dijo, 'Yo soy el Rey,' y apartó sus alabardas y pasó adentro.

Y cuando el viejo Obispo lo vio venir vestido de cabrero, se levantó asombrado de su trono, fue a su encuentro y le dijo: "Hijo mío, ¿es esta la vestimenta de un rey? ¿Y con qué corona te coronaré, y qué cetro pondré en tu mano? Seguramente este debería ser para ti un día de alegría, y no un día de humillación."

"¿Debería la Alegría llevar lo que el Dolor ha forjado?" dijo el joven Rey. Y le contó sus tres sueños.

Y cuando el Obispo los oyó, frunció el ceño y dijo: "Hijo mío, soy un hombre viejo, en el invierno de mis días, y sé que muchas cosas malas se hacen en el ancho mundo. Los feroces ladrones bajan de las montañas, y se llevan a los pequeños niños, y los venden a los Moros. Los leones acechan a las caravanas y se lanzan sobre los camellos. El jabalí salvaje remueve el maíz en el valle, y los zorros roen las viñas en la colina. Los piratas asolan la costa marina y queman los barcos de los pescadores, y les quitan sus redes. En los pantanos salinos viven los leprosos; tienen casas de cañas tejidas, y nadie puede acercárseles. Los mendigos vagan por las ciudades y comen su alimento con los perros. ¿Puedes hacer que estas cosas no sean? ¿Tomarás al leproso por tu compañero de cama, y al mendigo por tu compañero de mesa? ¿Hará el león tu voluntad, y el jabalí salvaje te obedecerá? ¿No es Él quien hizo la miseria más sabio que tú? Por lo tanto, no te alabo por lo que has hecho, pero te ordeno que vuelvas al Palacio, alegras tu rostro y te pongas la vestimenta que conviene a un rey, y con la corona de oro te coronaré, y el cetro de perla pondré en tu mano. Y en cuanto a tus sueños, no pienses más en ellos. La carga de este mundo es demasiado grande para

que un hombre la soporte, y el dolor del mundo demasiado pesado para que un corazón lo sufra."

"¿Dices eso en esta casa?" dijo el joven Rey, y pasó por delante del Obispo, y subió los escalones del altar, y se paró frente a la imagen de Cristo.

Se paró frente a la imagen de Cristo, y a su derecha y a su izquierda estaban los maravillosos vasos de oro, el cáliz con el vino amarillo, y el frasco con el santo óleo. Se arrodilló frente a la imagen de Cristo, y las grandes velas ardían brillantemente junto al relicario joyado, y el humo del incienso se rizaba en delgadas espirales azules a través de la cúpula. Inclino su cabeza en oración, y los sacerdotes en sus rígidas capas se alejaron del altar.

Y de repente, un tumulto salvaje vino desde la calle exterior, y entraron los nobles con espadas desenvainadas y plumas que asentían, y escudos de acero pulido. "¿Dónde está este soñador de sueños?" gritaron. "¿Dónde está este Rey que está vestido como un mendigo, este muchacho que trae vergüenza a nuestro estado? Seguramente lo mataremos, pues no es digno de gobernarnos."

Y el joven Rey inclinó su cabeza de nuevo, y oró, y cuando terminó su oración se levantó, y volviéndose los miró tristemente.

Y he aquí que a través de las ventanas pintadas entraba la luz del sol sobre él, y los rayos del sol tejieron a su alrededor una túnica tejida que era más hermosa que la túnica que había sido hecha para su placer. El bastón muerto floreció, y dio lirios que eran más blancos que las perlas. El espinoso seco floreció, y dio rosas que eran más rojas que los rubíes. Más blancos que las finas perlas eran los lirios, y sus tallos eran de brillante plata. Más rojas que los rubíes machos eran las rosas, y sus hojas eran de oro batido.

Se paró allí en el atuendo de un rey, y las puertas del relicario joyado se abrieron de par en par, y desde el cristal del ostensorio de muchos rayos brilló una luz maravillosa y mística. Se paró allí en un atuendo real, y la Gloria de Dios llenó el lugar, y los santos en sus nichos tallados parecían moverse. En el hermoso atuendo de un rey

se paró frente a ellos, y el órgano desató su música, y los trompetistas soplaron sus trompetas, y los niños cantores cantaron.

Y la gente se arrodilló en asombro, y los nobles enfundaron sus espadas e hicieron homenaje, y el rostro del Obispo se volvió pálido, y sus manos temblaron. "Un ser mayor que yo te ha coronado", gritó, y se arrodilló ante él.

Y el joven Rey bajó del alto altar, y pasó a casa a través de en medio del pueblo. Pero ningún hombre se atrevió a mirar su rostro, pues era como el rostro de un ángel.

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO  
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**

1. [El joven rey - Oscar Wilde](#)
2. [El joven rey](#)
3. [Oscar Wilde](#)